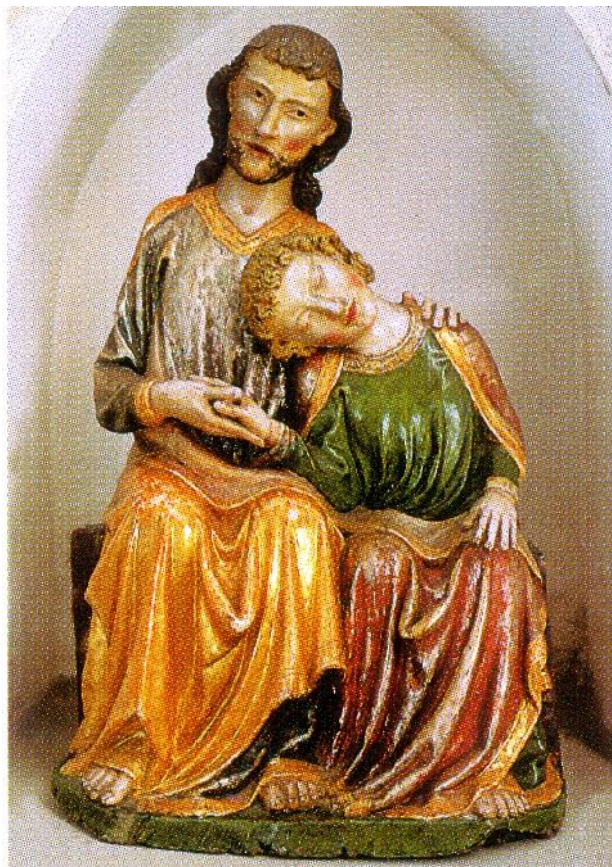


Valle de Heiligkreuz
en segundo plano el macizo montañoso de Sântis (Norte de Suiza)

En el silencio de Heiligkreuztal (valle de la Santa Cruz)

Aunque debiera ser en un claro día de verano, no hay ningún tiempo atmosférico, que pueda impedir en la Alta Suabia, encontrar grandiosa esta región; pero para una visita al antiguo Monasterio Cisterciense de Heiligkreuztal la clara luz del sol es siempre muy provechosa.

Por eso, todo es distinto cuando el sol aparece risueño, tan ingenuo y alegre como sólo es posible en este lugar, donde se hace un poco presente por todas partes el Danubio todavía muy en su inicio y no lejos el lago Constanza y la montaña Bussen. Aquí también está el Monasterio de Heiligkreuztal tan iluminado y aireado, que el moho de siete siglos ya no espanta a nadie. Ahora la austeridad cisterciense aparece de forma amable y rural e invita con los sencillos gestos de la luz y de las sombras a entrar en la iglesia y a ver con el fulgor de la gran ventana de la pared este, lo que quieren ver todos los que vienen aquí: la devota imagen gótica del Grupo Cristo-Juan, aproximadamente del año 1320.



Y el hecho de que este Grupo Cristo-Juan no se encuentre en un museo sino en la Iglesia, para la que fue creado, alegra y despierta esperanzas de un modo muy especial. Lo que los ojos ven, no es en principio especialmente

emocionante: Una escultura tardo-gótica de mitad de tamaño natural, representando a Jesús y Juan, sentados uno al lado del otro, de forma muy lírica y totalmente espiritual. Juan parece una muchacha y Jesús un amigo solícito. Los colores son claros y vivos: azul y oro para Jesús, verde y rojo para Juan. A esto se añade el saludable color del rostro y la cuidadosa disposición del cabello. Las dos manos derechas están una dentro de la otra.

En seguida vemos que aquí se hacen presentes objeciones: inhumanas y mórbidas, quizás incluso homosexuales. Ninguna huella de cristiano adulto en Juan. Jesús demasiado falto de dinamismo y contagiado por la falta de vitalidad gótica. Armonía cargante en todo y absolutamente ninguna referencia al mundo. De esta forma o de otra similar podría razonar un contemporáneo, que aquí se encuentra ante otro mundo. Pero pronto se hace silencio en él. La conjunción de los colores comienza a actuar. El bloque sin fisuras de la composición libera su fuerza. La autoridad del gran amor se hace perceptible. Una dignidad y una bondad superior, que no se habían previsto, vienen del otro lado. También se anuncia una forma exotérica, que queda de cuenta del espectador, al que se deniega participar con todo su desorden de sensaciones. El punto de mira está alto.

“Uno de los discípulos estaba al lado de Jesús. Era aquel al que Jesús amaba.” (Jn 13,23). Después en el cenáculo “éste se inclinó sobre el pecho de Jesús y Le preguntó: Señor ¿quién es?” (Jn 13,25). También ahora su cabeza descansa todavía en el pecho del Maestro, pero ya no hay en él ninguna pregunta. Todo ha encontrado su respuesta, de modo que los ojos se cierran y los pensamientos pueden transformarse en sueños. Sólo queda todavía un deseo, un verdadero deseo del corazón y éste es la unidad. Por este deseo, Juan ha dejado tras de sí, lo que podría parecer autoafirmación y seguridad, convirtiéndose como en un niño. Y esto Jesús lo valora. Aunque Él actúa como fondo del acontecimiento, es la causa fontal, de la que mana todo lo definitivo, que es lo que mantiene abrazado a Juan.

Naturalmente el amor le hace vulnerable. Se observa sólo en la tensa inclinación del cuello, con la que Juan se doblega sobre el centro del corazón de su Maestro. Es la desnudez para el corte del cuello a espada. Pero para el amor no se trata ni de una huida infantil ni de una exigencia de protección, sino

de la superación de ambas. En todo caso expresa: Yo soy tuyo. Y esto es algo muy diferente de las pequeñas maquinaciones que, a veces, aparecen como amor. El gesto de este Juan de la antigua iglesia monástica toma aliento a través de todos los siglos de la verdad del Cantar de los Cantares, a la cual quiere conducirle: "Yo dormía, pero mi corazón estaba en vela." (5,2). Así de paradójico es el amor, despierto y soñador, coercitivo y libre, vulnerable y orgulloso.

Ante el abandono de la Iglesia, se plantea la pregunta de si Claude Lévi-Strauss tiene razón cuando dice: *"Se desearía apagar diez o veinte milenios de la historia arbitrariamente, esto no dañaría nuestro conocimiento de la naturaleza humana. La única pérdida irreparable sería la de las obras de arte, que vieron nacer los milenios. Sólo la obra de arte de madera, que dormitaba en el tronco de un árbol, demuestra que ha sucedido verdaderamente algo en los seres humanos en el transcurso del tiempo."* Por un momento parece como si él asintiese totalmente de acuerdo, porque el gesto de Juan es una demostración de que verdaderamente algo ha sucedido.



Monasterio de Heiligkreuztal